

Después de medio siglo de existencia, parece lícito el temor de que la pintura abstracta se desvitalice progresivamente, o se amanece, o comience a repetirse a sí misma. El recorrido diario de las revistas, de las exposiciones nacionales e internacionales, de libros, de catálogos, llega a despertar escrúpulos en la mente menos prevenida en contra del abstraccionismo ¿Es que se ha llegado al fin, a la improvisación pura, al irracionalismo pictórico, a la agonía de una expresión que ya ve su sentencia de muerte en tantos kilómetros de pintura aparentemente uniformada en la misma espontaneidad sin control?

Los elementos de la realidad se han desintegrado y producen en estética los mismos efectos tremendos, turbulentos y desconcertantes como los de la división del átomo. La superficie del cuadro ha estallado sin moderación. Las normas que la contenían en las primeras décadas del siglo ya no la contienen. Esos elementos desencadenados siguieron su natural expansión y ahora los tenemos allí, apenas mantenidos en los límites del cuadro; en plena anarquía.

La obra abstracta, sin embargo, que procede de un artista concienzudo y dotado de responsabilidad creadora, disipa estos súbitos escrúpulos, que si son sinceros en el crítico resultan agudos en el espectador y a veces se convierten en rechazos indignados. Esto ocurre, por ejemplo, ante el trabajo actual de Alberto Gutiérrez. Su pintura, antes ajustada a normas muy visibles de composición y sobre todo de relaciones luminosas, ya no las busca ni las obedece. El color se mueve sin contracción alguna, y sigue este libre recorrido ayudado por la materia que se des-

taca imperiosamente y no pierde ocasión de manifestar su autonomía. Pero si esta pintura liberada parece, a primera vista, apoyada sobre el desacato a cualquier fórmula, e inclusive sobre el desacato al propio pintor que la genera, como si su nacimiento fuera rigurosamente espontáneo, se advierte al primer análisis que es el pintor quien crea esa sensación potente de energía, que es el pintor quien dirige los movimientos fluyentes, opulentos, orgánicos, del color y la materia, que es el pintor quien resuelve la alianza de los colores y les da un carácter frívolo o dramático; que es el pintor quien logra dar a esta operación de vitalizar e independizar los elementos plásticos al máximo, su vigoroso impulso, su esplendor épico, su textura de nacimientos, su dinamismo de cosas iniciales que comienzan a creer y a girar en el cuadro.

Toda la pintura expresionista abstracta de los últimos años que tiene calidad se reconoce, a mi juicio, por una espléndida y extraña condición: la de repetir los gestos olvidados del génesis, separar la luz de las tinieblas, la tierra de las aguas, e ir sacando de las materias oscuras, revueltas y confusas, colores limpios y movimientos inéditos.

Esta condición se encuentra sin dificultad en los actuales cuadros de Gutiérrez, más visible en los óleos que en los collages de óleo sobre papel o en las témperas. Aquí los recursos compositivos, la habilidad técnica, el buen gusto y la armonía "civilizada" de los colores es aún muy evidente, mientras que en los óleos la fuerza se desata y la pintura adquiere aquella tempestuosa forma del génesis.